

“MISIÓN Y ECUMENISMO”. EL DIÁLOGO PROFÉTICO DE LOS DISCÍPULOS MISIONEROS DE JESUCRISTO. HACIA UN TESTIMONIO COMÚN DEL EVANGELIO

“MISSION AND ECUMENISM”. PROPHETIC DIALOGUE
OF MISSIONARY DISCIPLES OF JESUS CHRIST.
TOWARDS A COMMON TESTIMONY TO THE GOSPEL

Luis Nahuelanca Muñoz¹

Universidad Católica de la Santísima Concepción.
Concepción-Chile

Resumen

El presente artículo propone una reflexión misionológica, en el contexto de los 50 años de la promulgación del Decreto Conciliar “Unitatis Redintegratio”, sobre la intrínseca relación existente entre la misión evangelizadora de la Iglesia y los requerimientos actuales del diálogo ecuménico e interreligioso. Los discípulos misioneros están invitados a vivir una auténtica espiritualidad del diálogo como condición necesaria sin la cual no será posible, en el actual contexto mundial, la credibilidad de nuestra evangelización. La hora actual de la misión de la Iglesia reclama una verdadera y auténtica conversión al ecumenismo. El ecumenismo es un camino ineludible de la evangelización (Evangelii Gaudium 246).

Palabras clave: Concilio Vaticano II, diálogo profético, diálogo ecuménico e interreligioso, misión evangelizadora, Iglesia local, Aparecida, pentecostalismo, discipulado común.

Abstract

This article proposes a missiological reflection in the context of the 50th anniversary of the promulgation of the Conciliar Decree “Unitatis Redintegratio” on the intrinsic relationship between the evangelizing mission of the Church and the current requirements of ecumenical and interreligious dialogue. The missionary disciples are invited

¹ Doctor en Misionología. Profesor del Instituto de Teología de la Universidad Católica de la Santísima Concepción. Correo electrónico: nahuelanca@gmail.com

to live an authentic spirituality of dialogue as a necessary condition without which not possible in the current global context the credibility of our evangelization. The time of the mission of the Church today calls for a true and genuine conversion to ecumenism.

Keywords: Vatican Council II, prophetic dialogue, ecumenical and interreligious dialogue, evangelical mission, local church, Aparecida, Pentecostalism, common discipleship.

Introducción

El Concilio Vaticano II, con la fuerza de la profecía, habló a la Iglesia y la invitó a discernir los “signos de los tiempos”, a escuchar las voces de la historia en la cual ella se hace compañera de viaje y de camino; a pasar de la condenación a la acogida, de la apología a la apertura dialogal, de la cerrazón al discernimiento crítico de las nuevas situaciones históricas; de la mirada desconfiada y pesimista del mundo a la contemplación de las “semillas del Verbo” presentes, con sus esperanzadores brotes, en la vida de los pueblos, sus culturas y religiones. Los gozos y las esperanzas, las tristezas y las angustias de los hombres de nuestro tiempo, sobre todo de los pobres y de cuantos sufren, son a la vez gozos y esperanzas, tristezas y angustias de los discípulos de Cristo².

El Concilio habló también de un “nuevo período de la historia”, en el cual la Iglesia se hace compañera de ruta con aquellos que buscan ser protagonistas de una historia que se construye con la fuerza de la imaginación y de la creatividad humanas: “el género humano se haya hoy en un período nuevo en su historia, caracterizado por cambios profundos y acelerados, que progresivamente se extienden al universo entero”³.

El Papa Benedicto XVI, en su viaje apostólico a Portugal el año 2010, habló de los nuevos retos de la cultura actual: “En estos últimos años, ha cambiado el panorama antropológico, cultural, social y religioso de la humanidad; hoy la Iglesia está llamada a afrontar nuevos retos y está prepa-

² Cf. CONCILIO VATICANO II. *Constitución pastoral Gaudium et Spes*, en: CONCILIO VATICANO II, *Constituciones, Decretos, Declaraciones*, BAC, Madrid 2000, n. 1 (en adelante GS)

³ GS 4.

rada para dialogar con culturas y religiones diversas, intentando construir, con todos los hombres de buena voluntad, la convivencia pacífica de los pueblos. El campo de la misión *ad gentes* se presenta hoy notablemente dilatado y no definible solamente en base a consideraciones geográficas; efectivamente, nos esperan no solamente los pueblos no cristianos y las tierras lejanas, sino también los ámbitos socio-culturales y sobre todo los corazones que son los verdaderos destinatarios de la acción misionera del Pueblo de Dios⁴. Este es el tiempo de los "nuevos éxodos"; tiempos de nuevas oportunidades para el Evangelio.

El presente artículo de orientación misionológica, el cual presenta los principales requerimientos actuales del diálogo ecuménico e interreligioso en relación a la tarea evangelizadora actual de la Iglesia, está dividido en dos partes. La primera parte ofrece una reflexión sobre aspectos generales de la relación ecumenismo-misión a partir de la aportación conciliar; y, la segunda, ofrece un aterrizaje, en la perspectiva de Aparecida, en donde se afrontan algunos aspectos de la desafiante realidad ecuménica latinoamericana, especialmente con el mundo de las Comunidades evangélicas y pentecostales, así como los correspondientes desafíos que nos esperan en el camino de nuestra misión evangelizadora.

1. En el espíritu dialogal del Concilio Vaticano II

El 21 de noviembre de 1964 se promulgó el Decreto conciliar "Unitatis Redintegratio" (La reconstrucción de la unidad), el cual cristalizó la reflexión del Concilio Vaticano II sobre el compromiso ecuménico de la Iglesia en el camino de la evangelización. En este año 2014 se cumplen 50 años de este significativo momento que marcó un hito en el camino del Movimiento ecuménico moderno.

El Movimiento ecuménico es un dinamismo incontenible del Espíritu. Los cristianos, desde la rica diversidad de comuniones eclesiales, están llamados a vivir un testimonio común del Evangelio. Esta experiencia de co-

⁴ BENEDICTO XVI. "Homilía en la Eucaristía con motivo de la celebración del X Aniversario de la Beatificación de Jacinta y Francisco, pastorcillos de Fátima" (14.5.2010), en: AAS 102 (2010), Editrice Vaticana, Vaticano 2010.

muni3n ser3 el signo m3s elocuente de la credibilidad de su misi3n evangelizadora en el mundo. De all3 que cada Iglesia local este invitada a integrar esta dimensi3n esencial en su vida pastoral y misionera.

En este camino, el *Ecumenismo*, que naci3 en un contexto misionero (La Asamblea de Edimburgo, 1909), se sitúa como un incontenible impulso prof3tico al di3logo entre los creyentes en Jesucristo y confesantes del Dios Uno y Trino; un irreversible movimiento llamado a secundar el clamor del Maestro a que seamos uno, para que el mundo crea (Jn 17,21), puesto que "*la unidad es, en efecto, el sello de la credibilidad de la misi3n*"⁵.

El don y la diaconía de la unidad, que tiene como fruto la paz, es un don vinculante y comprometedor, un don que hay que cultivar y madurar en la acogida recíproca, en el respeto mutuo, en la renuncia a todo espíritu de superioridad... Un don de Dios, que en la libertad de sus designios amorosos ha permitido, desde toda eternidad, que su amor, de modo sublime hecho patente en el Misterio Pascual de su Hijo, sea para todo el género humano y la Creaci3n misma; porque a todos quiere hacer llegar su salvaci3n y tiene sus propios caminos, que sólo él conoce, para tocar el coraz3n de todos sus hijos⁶.

1.1. Una nueva sensibilidad... una nueva mentalidad

Uno de los elementos caracterizantes de la misi3n evangelizadora de nuestras Iglesias locales hoy, de cara a los nuevos contextos epocales en América y, muy especialmente en América Latina y el Caribe, es precisamente "la praxis del di3logo" y un di3logo entendido como "di3logo prof3tico"⁷. Así también lo ha entendido Aparecida, cuando exhorta a las Iglesias locales a "fomentar el di3logo intercultural, interreligioso y ecuménico"⁸, a fin

⁵ CONGREGACI3N PARA LA DOCTRINA DE LA FE, "Nota Doctrinal acerca de algunos aspectos de la Evangelizaci3n" (3.12. 2007), en: AAS 100 (2008), Editrice Vaticana, Vaticano 2008.

⁶ GS 22.

⁷ Cf. S. BEVANS - R. SCHROEDER, *Teología para la Misi3n hoy*, Verbo Divino, Navarra 2009, 585.

⁸ CELAM, *Documento de Aparecida*, Paulinas, Buenos Aires 2007, n. 95 (en adelante DA).

que pueda irradiar y contagiar la Buena Noticia en la realidad actual de un continente enriquecido y enriquecedor por su diversidad cultural, religiosa y étnica.

El Concilio Vaticano II va a marcar un antes y un después, respecto del tema del diálogo. Una nueva sensibilidad y mentalidad comienza a emerger: una valoración positiva y una acogida respetuosa de las experiencias religiosas de los hombres y mujeres de otras religiones del mundo, y en lo que al ecumenismo se refiere, una valoración teológica y tremendamente fraternal de la eclesialidad de las otras iglesias y comunidades cristianas, también creyentes fieles en Jesucristo, celosas de la Palabra de Dios y testificantes del amor de Dios desde la experiencia comunal de su consagración bautismal.

Esta nueva sensibilidad y mentalidad, que a 50 años del Concilio, ha ido penetrando cada vez más profundamente en la vida de nuestras Iglesias cristianas, no sin sus resistencias, “que las ha llevado a dialogar cuando antes polemizaban, a unir esfuerzos cuando antes se enfrentaban unas a otras, a consultarse mutuamente cuando hace poco tiempo atrás sus relaciones estaban marcadas por el signo de la enemistad”⁹.

Un cristianismo dividido es un escándalo para el mundo y suscita pérdida de credibilidad a nuestra evangelización. El don de la unidad reclama de nuestras vidas de discípulos, la conversión de los corazones. “*El auténtico ecumenismo –dice el Decreto Conciliar–, no se da sin la conversión interior. Porque los dones de la unidad brotan y maduran como fruto de la renovación de la mente, de la negación de sí mismo y de una efusión libérrima de la caridad*”¹⁰.

Esta conversión del corazón y la santidad de la vida de los discípulos, son el alma de la ecumenicidad, de su vocación misionera¹¹, el “*presupuesto fundamental y una condición insustituible para realizar la misión salvífica de la Iglesia*”¹². Con toda razón el gran Papa Misionero, san Juan Pablo

⁹ J. DE SANTA ANA, *Ecumenismo y Liberación*, Paulinas, Madrid 1987, 14.

¹⁰ CONCILIO VATICANO II. *Decreto Unitatis Redintegratio*, en: CONCILIO VATICANO II, *Constituciones, Decretos, Declaraciones*, BAC, Madrid 2000, n. 7 (en adelante UR).

¹¹ UR 8.

¹² JUAN PABLO II, *Encíclica Redemptoris Missio*, Paulinas, Buenos Aires 1991, n. 90 (en adelante RM).

II, nos ha dicho con fuerza y sabiduría de pastor: *"el renovado impulso hacia la misión ad gentes exige misioneros santos. No basta renovar los métodos pastorales, ni organizar y coordinar mejor las fuerzas eclesiales, ni explorar con mayor agudeza los fundamentos bíblicos y teológicos la fe: es necesario suscitar un 'nuevo anhelo de santidad' entre los misioneros y en toda la comunidad cristiana"*¹³.

Este nuevo "giro axial", en el ámbito social, cultural y eclesial, pone en evidencia una nueva actitud, un nuevo modo de ser y de estar en el mundo; un giro antropológico-cultural caracterizado por "una apertura al otro, al que es diferente, y que por eso mismo me interpela, me desafía a reconocer en la realidad lo que es diverso a mí, de mi comunidad, de mi manera particular de comprender las relaciones con los demás y, especialmente, con Dios. De una actitud cerrada, de arrogancia, de autosuficiencia espiritual, las instituciones cristianas, las comunidades que las componen, han evolucionado hacia una disposición a abrirse a los otros y a dialogar con ellos"¹⁴.

Toda la reflexión conciliar está atravesada por esta nueva mirada al mundo, a las religiones y a las culturas; un nuevo discernimiento teológico, con claras consecuencias en la vida misionera y pastoral de la Iglesia. Este nuevo dinamismo del Espíritu nos abre a la profunda conciencia que si Dios, en su libre designio de amor, quiso acercarse a la historia humana y colocar su tienda en ella, el diálogo cobra su principal fundamento en este acontecimiento revelador y salvífico. Dios a través de su Palabra se hace encuentro dialogal y vivificante con la humanidad a través de su Hijo, la Palabra que se hizo carne y habitó entre nosotros (Cf. Jn 1, 1-18; 4,1-42).

La Iglesia, como comunidad de discípulos misioneros, impulsada por este "don exterior de caridad", *"entabla diálogo con el mundo en que tiene que vivir. La Iglesia se hace palabra. La Iglesia se hace mensaje. La Iglesia se hace coloquio"*, dirá Pablo VI, en su carta magna sobre el diálogo, *Ecclesiam Suam*¹⁵. No se trata aquí de una "metodología misional" o una estudiada "estrategia pastoral" para un eficaz "proselitismo" o lo que en

¹³ RM 90.

¹⁴ J. DE SANTA ANA, *Ecumenismo y Liberación*, 14.

¹⁵ PABLO VI, *Encíclica Ecclesiam Suam*, Paulinas, Buenos Aires 1969, n. 60 (en adelante *ES*); Cf. *GS* 40-45.

algunos años atrás, en ciertos círculos eclesiales, se decía, “un ecumenismo del retorno”. Se trata de un nuevo estilo, de una nueva apertura universal, que sólo el amor puede generar desde la misteriosa pedagogía divina del Padre, de la cual la Iglesia, nuestras comunidades eclesiales locales de pertenencia, deben ser siempre su más fiel y transparente “epifanía”; *“amor, que es y sigue siendo la fuerza de la misión, y es también ‘el único criterio según el cual todo debe hacerse y no hacerse, cambiarse y no cambiarse. Es el principio que debe dirigir toda acción y el fin al que debe tender. Actuando con caridad o inspirados por la caridad, nada es disconforme y todo es bueno’*”¹⁶, nos dijo san Juan Pablo II.

“El coloquio paterno y santo, interrumpido entre Dios y el hombre a causa del pecado original, ha sido maravillosamente reanudado en el curso de la historia. La historia de salvación narra precisamente este largo y variado diálogo que nace de Dios y teje con el hombre una admirable y múltiple conversación”¹⁷.

1.2. Misión-en-diálogo

Parfraseando las palabras del Papa Francisco, este diálogo no sólo es un aspecto “programático” de nuestra misión evangelizadora, sino un elemento “paradigmático” para toda la misionariedad de nuestra vocación cristiana; es un diálogo “que no nace de una táctica o de un interés, sino que es una actividad con motivaciones, exigencias y dignidad propias: es exigido por el profundo respeto hacia todo lo que en el hombre ha obrado el Espíritu”, como tan acertadamente lo dijo el Papa san Juan Pablo II en su encíclica misionera¹⁸.

Anunciar el Evangelio de Jesucristo, con renovada valentía apostólica (parresía)¹⁹, comporta necesariamente, en la sensibilidad y en la mentalidad de los discípulos misioneros, una actitud bondadosa de apertura uni-

¹⁶ RM 60.

¹⁷ ES 50.

¹⁸ RM 56.

¹⁹ RM 49.

versal y de activa contemplación de “las semillas del Verbo” que germinan en las culturas y religiones; una detenida atención a las “acciones del Espíritu Santo” que reflejan la bondad, la verdad, la paz, la belleza, en la vida de muchos pueblos y sus culturas. “El misionero es el ‘hermano universal’; lleva consigo el espíritu de la Iglesia, su apertura y atención a todos los pueblos y a todos los hombres. En cuanto, tal supera las fronteras y las divisiones de raza, casta e ideología: es signo del amor de Dios en el mundo, que es amor sin exclusión ni preferencia”²⁰.

“En el diálogo con los demás hombres y estando atento a la parte de verdad que encuentra en la experiencia de vida y en la cultura de las personas y de las naciones, el cristiano no renuncia a afirmar todo lo que le han dado a conocer su fe y el correcto ejercicio de su razón”²¹. Dialogamos desde nuestras propias identidades.

Este diálogo fecundo, vivificante e interpersonal puede realizarse en diversos niveles: un diálogo de comunión eclesial, de discernimiento comunitario y de espíritu sinodal (diálogo pastoral); un diálogo fraterno, de aprecio y de respeto por la experiencia eclesial y religiosa de otras comunidades cristianas y con las cuales se procura trabajar por hacer realidad el sueño de la unidad entre todos los cristianos (Cf. Jn 17,21), como testimonio eficaz de evangelización (diálogo ecuménico); un diálogo marcado por el aprecio, la humildad, la paciencia, caridad y la simpatía hacia los miembros de otras confesiones religiosas, pues el discípulo misionero de Jesús descubre en ellas, “*destellos de aquella Verdad que ilumina a todo hombre*”²². Se trata de un “*coloquio verdaderamente humano a la luz divina... para advertir en diálogo sincero y paciente las riquezas que Dios, generoso, ha distribuido a las gentes*”²³ (diálogo interreligioso); un diálogo vital y profundo con la cultura y las culturas de los pueblos, tomando

²⁰ RM 89.

²¹ JUAN PABLO II, *Encíclica Centesimus Annus*, Paulinas, Madrid 1991, n. 46; Cf. RM 11.

²² CONCILIO VATICANO II, *Declaración Nostra Aetate*, en: CONCILIO VATICANO II, *Constituciones, Decretos, Declaraciones*, n. 2.

²³ CONCILIO VATICANO II. Decreto *Ad Gentes*, en: CONCILIO VATICANO II, *Constituciones, Decretos, Declaraciones*, n. 11.

siempre como punto de partida a la persona, sus relaciones con los demás, con la naturaleza y con Dios²⁴, con sus criterios de juicio, sus valores determinantes, sus puntos de interés, sus líneas de pensamientos, sus fuentes inspiradoras y sus modelos de vida²⁵ (diálogo intercultural).

Acoger el dinamismo desafiante del ecumenismo en la cotidianidad de nuestra vida evangelizadora, como una lección permanente, significa entrar en la lógica siempre eficaz del diálogo evangélico, un diálogo profético entre creyentes cristianos, que implica reconocer abiertamente "la presencia de valores positivos no sólo en la vida religiosa de cada uno de los creyentes de otras tradiciones religiosas, sino en las mismas tradiciones religiosas a las que pertenecen"²⁶, valores que expresan la presencia activa de Dios mismo y de la acción universal del Espíritu Santo en los pueblos, sus culturas y religiones, como hemos señalado; un diálogo que reclama coherencia con las propias tradiciones y convicciones religiosas y apertura para comprender las del otro, con una actitud de verdad, humildad y lealtad, y con la conciencia que este diálogo es enriquecimiento recíproco; se trata de "*un testimonio recíproco para un progreso común en el camino de la búsqueda y experiencia religiosa y, al mismo tiempo, para superar prejuicios, intolerancias y malentendidos. El diálogo tiende a la purificación y conversión interior, que, si se alcanza con docilidad al Espíritu, será espiritualmente fructífera*"²⁷.

²⁴ GS 53.

²⁵ Cf. PABLO VI, *Exhortación apostólica Evangelii Nuntiandi*, Paulinas, Buenos Aires 1977, n. 19.

²⁶ CONGREGACIÓN PARA LA EVANGELIZACIÓN DE LOS PUEBLOS, "Instrucción Diálogo y Anuncio" (19.05.1991), en: AAS 84 (1992), Editrice Vaticana, Vaticano 1992, n. 17.

²⁷ RM 56.

2. El "hoy" del ecumenismo en la vida misionera de nuestras Iglesias locales. Desafíos y tareas, en el espíritu de Aparecida

2.1. "Lo que el Espíritu dice a las Iglesias" (Ap 2,7). Desde el protagonismo de nuestras Iglesias locales

La reflexión misionológica ha venido resaltando estos últimos años, especialmente a partir del Concilio Vaticano II, el protagonismo del Espíritu Santo, catalizador y fuerza directora del dinamismo expansivo de la vida misionera de las Iglesias locales, rostros visibles y concretos donde toda la Iglesia de Cristo transcurre, con la plenitud de sus dones, ministerios, carismas y servicios, todos ellos al servicio del Reino²⁸.

Volver a redescubrir la significancia que tiene Pentecostés para la vida de nuestras Iglesias locales, comporta recuperar: "comunidades, en la que reina 'la alegría y sencillez de corazón (Hch 2)... dinámicamente abiertas y misioneras que gozan de la simpatía de todo el pueblo' (Hch 2,47)²⁹; comunidades de misión testimonial e irradiación evangélica. El Espíritu es el alma de su misión, su fuerza y su ímpetu, su osadía y valentía, su creatividad y renovación, su impulso y su orientación, su frescura y fructuosidad; su apertura y comunicación. Sólo en el Espíritu de Pentecostés la Iglesia vuelve a la "gracia de sus orígenes": toda ella servidora de la vida, toda ella discípula en la escuela del Maestro, toda ella profética y misionera del Reino, y éste como lo único absoluto de su existir y la dicha más profunda de su vocación³⁰; "con un nuevo estilo de presencia y de relaciones más participativas, armónicas e integradoras"³¹, lo cual significa en la realidad cotidiana de la evangelización: "escucha de las alteridades, encuentro con las diferencias personales, sociales, culturales y religiosas; aprendizaje recíproco en las experiencias diarias..."³². *"Es el Espíritu quien la impulsa a ir cada*

²⁸ AG 4; LG 4, 59; EN 75; RM 21-30 y 87; TMA 44-48

²⁹ RM 26

³⁰ EN 14.

³¹ R. TOMICHÁ, "Condiciones y elementos para la formación permanente", en: AAVV., *La Misión en cuestión: aportes a la luz de Aparecida*, San Pablo, Bogotá 2009, 221.

³² R. TOMICHÁ, "Condiciones...", 222.

vez más lejos, no sólo en sentido geográfico, sino más allá de las barreras étnicas y religiosas para una misión verdaderamente universal”³³.

En definitiva, como dice el misionólogo boliviano, R. Tomichá, “se trata de volver a las raíces de la propuesta evangélica de Jesús, realizada en las experiencias de las primeras comunidades cristianas, que supieron conjugar, no sin tensiones, la fe cristiana y las diferencias culturales, dando a luz un cristianismo plural en lenguas, ritos, mentalidades, estilos comunitarios, acentos teológicos, etc.”³⁴. Esta es también la tarea del ecumenismo: testimoniar la maravillosa experiencia de un cristianismo plural, con conciencia de unidad y pretensión de universalidad.

2.2. Aparecida y el diálogo de los cristianos

Aparecida no hizo nuevas elaboraciones teológicas sobre el ecumenismo, acogió sí con renovada disposición lo que el Espíritu habló a las Iglesias en el Concilio Vaticano II, especialmente a partir de “Unitatis Redintegratio”, expresión de un nuevo modo de mirar, de comprender, de acoger y de convivir con las demás comunidades cristianas; los miembros de estas comunidades son nuestros “hermanos en el Señor”³⁵, en la misma Iglesia de Cristo, unidos en el mismo bautismo, en la misma fe trinitaria y en la misma Palabra, como fuente de Vida, lo cual significa, ciertamente el reconocimiento de la realidad eclesial presente en estas confesiones cristianas hermanas³⁶; esto ha significado no ser más consideradas “como simples

³³ RM 24.

³⁴ R. TOMICHÁ, “Condiciones...”, 222.

³⁵ Dice UR 3 sobre los cristianos de las otras confesiones, “justificados en el bautismo por la fe, están incorporados a Cristo y, por tanto, con todo derecho se honran con el nombre de cristianos, y los hijos de la Iglesia católica los reconocen, con razón, como hermanos en el Señor”.

³⁶ Respecto de este reconocimiento de la realidad eclesial en las otras confesiones religiosas, el Papa San Juan Pablo II afirma: “Muchos elementos de gran valor que en la Iglesia católica con parte de la plenitud de los medios de salvación y de los dones de la gracia que constituyen la Iglesia, se encuentran también en las otras Comunidades Cristianas”. Cfr., JUAN PABLO II, *Encíclica Ut Unum Sint*, San Pablo, Santiago de Chile 1995, n. 13, (en adelante UUS); y en otro número del mismo documento agrega: “El Concilio Vaticano II ha reforzado su compromiso con una visión eclesiológica lúcida y abierta a todos los valores eclesiales presentes entre los demás cristianos” (UUS 10).

*sectas separadas de la Iglesia madre, para ser consideradas a partir de entonces como verdaderas iglesias cristianas*³⁷.

Aparecida hace continuidad respecto de este mismo desafío de la unidad de los cristianos con las anteriores Conferencias³⁸, las cuales han planteado la temática ecuménica como parte esencial de la misionariedad de las Iglesias locales, de su vida comunitaria y universal, desde sus respectivos contextos socioculturales y desde la realidad misma de nuestros pueblos, especialmente cuando todos los cristianos somos convocados a la misión compartida por la vida y la vida de los pobres. “*La búsqueda de la unidad de los cristianos* –ha dicho el Papa san Juan Pablo II en “*Ut unum sint*”– *no es un hecho facultativo o de oportunidad, sino una exigencia que nace de la misma naturaleza de la comunidad cristiana*³⁹. En este espíritu de “inter-eclesialidad”, con la común vocación de discípulos de Cristo, las comunidades cristianas pueden establecer un diálogo fraterno, partiendo del principio de que “*es posible testimoniar la propia fe y explicar la doctrina de un modo correcto, leal y comprensible, y tener presente contemporáneamente tanto las categorías mentales como la experiencia histórica concreta del otro*”⁴⁰.

El Documento de Aparecida cristalizó un lenguaje diferente y respetuoso en relación al tema ecuménico y ciertamente corresponde al espíritu mismo de la Conferencia, a la diversidad de participantes de las diversas Iglesias locales y a los invitados de las diversas familias cristianas, manifestación de un nuevo dinamismo de pentecostalidad que habla de la posibilidad de testimoniar la unidad en Jesucristo desde la valoración de la rica diversidad eclesial y de sus respectivas concreciones históricas, como asimismo, un mutuo reconocimiento como Iglesias y Comunidades Cris-

³⁷ A. M. CALERO, *La Iglesia: misterio, comunión y misión*, San Pablo, Madrid 2001, 326-327.

³⁸ Ver CELAM, *Documento de Medellín II*, 26, III, 20, IV, 19 d, V, 19, VIII, 11, IX, 14; *Documento de Puebla* 108, 1008, 1096s, 1114s, 1118-1122, 1124, 1127, 1161; *Documento de Santo Domingo* 132s, 135, en: CELAM, *Documentos Fundamentales*, Paulinas, São Paulo 2003.

³⁹ UUS 49. Ver también: J. BOSCH, *Para comprender el ecumenismo*, Verbo Divino, Navarra 1993; B. SESBOUÉ, *Por una teología ecuménica*, Secretariado Trinitario, Salamanca 1999.

⁴⁰ UUS 36.

tianas, compañeras de camino en un mismo viaje misionero por el Reino (“sinodalidad misionera”).

Aparecida evitará hablar de “sectas”, usará los conceptos de “iglesias y comunidades cristianas”, “nuevas ofertas religiosas”, “denominaciones cristianas”, “otras comunidades cristianas”, signo elocuente de una apertura respetuosa y de reconocimiento de la diversidad eclesial en el Continente.

América Latina ya no es el continente de la “reserva” del catolicismo mundial; hoy las comunidades católicas han debido aprender a convivir con otras pertenencias cristianas, con otras comunidades eclesiales que confiesan igualmente a Jesucristo y su Reino de Vida, que valoran inmensamente su consagración bautismal en el nombre de la Trinidad, que centran la fe y la vida cotidiana en el encuentro con la Palabra, leída y celebrada con el poder del Espíritu Santo, que es el Espíritu del Resucitado. Desde este principio trinitario y bautismal las comunidades cristianas están llamadas a vivir “el ejercicio cotidiano de la comunión”⁴¹, y una comunión misionera. De allí la intrínseca relación: ecumenismo-misión. Unidos para y en la misión. Son iluminadoras las palabras de Pablo VI, al respecto: *“Como evangelizadores debemos ofrecer a los fieles de Cristo, no la imagen de hombres divididos y separados por litigios nada edificantes, sino la de personas maduras en la fe, capaces de encontrarse más allá de las tensiones reales gracias a la búsqueda común, sincera y desinteresada de la verdad. Sí, la suerte de la evangelización está ciertamente unida al testimonio de unidad dado por la iglesia”*⁴².

Este movimiento por la unidad de los cristianos, incontenible e irreversible en la vida de los discípulos misioneros, fue asumido por Aparecida como un verdadero dinamismo pneumatológico que mueve permanentemente a nuestras Iglesias locales⁴³; un movimiento de carácter “*evangélico, trinitario y bautismal (...) donde el diálogo emerge como actitud espiritual y práctica, en un camino de conversión y reconciliación*”⁴⁴.

⁴¹ DA 162.

⁴² EN 77.

⁴³ DA 231.

⁴⁴ DA 228.

Aparecida valora inmensamente los frutos que ha dado este movimiento: *"favorece la estima recíproca, convoca a la escucha común de la Palabra de Dios y llama a la conversión a los que se declaran discípulos misioneros de Jesucristo"*⁴⁵; cuando existe diálogo entre los cristianos, dice Aparecida, allí *"disminuye el proselitismo, crece el conocimiento recíproco, el respeto y se abren posibilidades de testimonio común"*⁴⁶; este testimonio común de vida cristiana nos permite *"recuperar en nuestras comunidades el sentido del compromiso del Bautismo"*⁴⁷; y, consecuentemente, abre la posibilidad cierta de *"nuevas formas de discipulado y misión en comunión"*⁴⁸ e inspira *el espíritu de solidaridad y colaboración en el campo del apostolado social*⁴⁹, como ya lo había exhortado el Concilio Vaticano II en su decreto ecuménico: *"La cooperación de todos los cristianos expresa de una manera viva la unión con la que entre sí están unidos y hace más patente el rostro de Cristo Servidor"*⁵⁰.

Esta diaconía de la unidad de los discípulos misioneros, como testimonio teologal que da credibilidad a su misionariedad en el mundo hoy, presupone ciertamente la valoración de la pluralidad. Es una unidad y "comunión en el Espíritu Santo" (2Co 13,13), que regala a las comunidades de discípulos diversidad de dones, carismas, servicios, vocaciones, ministerios. El destacado misionólogo P. Suess, testigo del camino misionero de la Iglesia Latinoamericana, hablando de la valoración ecuménica en Aparecida, afirma: "El Espíritu Santo es no solamente el protagonista de la misión, es asimismo el promotor de la unidad en la diversidad de las culturas y del diálogo ecuménico a partir de un credo trinitario común, con sus desdoblamientos históricos diferenciados"⁵¹; y en relación al fundamento de esta misión en diálogo, afirma el citado autor: "El mandato evangélico de la unidad de los discípulos y las discípulas está fundamentado en la estructura trinitaria de nuestra fe y de nuestra pertenencia a la Iglesia de Jesucristo,

⁴⁵ DA 232.

⁴⁶ DA 233.

⁴⁷ DA 228.

⁴⁸ DA 233.

⁴⁹ Ver DA 99g.

⁵⁰ UR 12.

⁵¹ P. SUESS, "Ecumenismo y Diálogo interreligioso", en: AAVV., *Aparecida. Renacer de una esperanza*, Amerindia, Bogotá 2007, 212-213.

que es más amplia que la suma de las iglesias o denominaciones que surgieron en la historia”⁵².

Este es el diálogo fraterno que las comunidades cristianas buscan y por la cual trabajan: la unidad de todos los creyentes en Cristo. Su objetivo no puede ser otro que el deseo de Cristo: “que todos sean uno para que el mundo crea” (Jn 17). Este diálogo se hace realidad sólo cuando hay fidelidad al Señor y a la acción del Espíritu Santo. El punto de partida siempre será la fe común en Cristo, el Hijo de Dios hecho hombre, muerto y resucitado y desde el horizonte de la fe trinitaria; un diálogo que puede llevarse a cabo de diversas modalidades: la vida cotidiana (la buena vecindad), lo que llamamos el “*diálogo de la vida*”; la oración, la lectura compartida de la Palabra, el sacrificio, expresiones profundas de un “*ecumenismo espiritual*”, que los cristianos podemos realizar en la cotidianeidad de nuestra vida religiosa; la colaboración pastoral y misionera, como la ayuda a los necesitados y la cooperación en el campo de la cultura, instancias propicias para un “*diálogo en la solidaridad*”, de las buenas obras, unidos por una causa común por la vida digna y buena; o a través de la reflexión doctrina y bíblico-teológica⁵³.

El ecumenismo es siempre un diálogo de la verdad en la caridad, de aceptación de la jerarquía de valores en las mismas verdades, de la flexibilidad para elaborar formulaciones doctrinales diversas, de aceptar las divergencias que no rompan la unidad fundamental. Como cristianos que amamos la verdad aprendemos, en el diálogo ecuménico, “*a escuchar sin ver segundas intenciones, responder o exponer sin dominar, comprender y hacerse comprender, cuestionarse y dejarse cuestionarse, amar a las personas y a las comunidades por encima de las limitaciones y opiniones*”⁵⁴. En palabras de un gran ecumenista, el Cardenal Mercier: “*Para unirse, hay que amarse; para amarse, hay que conocerse; para conocerse, hay que encontrarse, para encontrarse, hay que buscarse*”⁵⁵.

⁵² P. SUESS, “Ecumenismo...”, 214.

⁵³ UR 4.

⁵⁴ J. ESQUERDA, “Diálogo Ecuménico”, en: J. ESQUERDA, *Diccionario de la Evangelización*, BAC, Madrid 1998, 197.

⁵⁵ Citado en: J. BOSCH, *Para comprender el ecumenismo*, 97.

2.3. El desafío del pentecostalismo

En los documentos finales de las anteriores Conferencias generales del CELAM, emerge la advertencia de una cierta "amenaza", a la hora de referirse al avance de las diversas iglesias y comunidades cristianas protestantes en el continente, como de otras pertenencias religiosas, tal es el caso de las Comunidades pentecostales. Ciertamente cuando el otro no es mirado bondadosamente en su alteridad como posibilidad de encuentro y camino hacia el mutuo conocimiento, aparece la desconfianza que suscita todo lo "extraño", lo diferente (heterofobia); con esta actitud no será posible transformar esta amenaza en una oportunidad.

El pentecostalismo, como expresión viva y dinámica del Espíritu, ha sido una verdadera gracia para el cristianismo latinoamericano; con todas sus luces y sombras; su militancia activa y su agresivo proselitismo, en ciertas ocasiones; con todo esto, no podemos seguir "invisibilizándolos"; es demasiado evidente su presencia y su gran espíritu misionero; su fuerza de atracción debería suscitar muchas interrogantes, especialmente, cuando son muchos los fieles de nuestras comunidades católicas, entre ellos muchos pobres y excluidos, que deciden buscar en estas comunidades nuevos horizontes de humanidad y de vida espiritual.

El movimiento pentecostal no sólo es una expresión de una religión popular, es también un "ethos cultural" y una cosmovisión, es decir, una manera determinada de ver el mundo y la sociedad. Por tanto, dialogar con el pentecostalismo no sólo comporta un espíritu ecuménico, también reclama de los discípulos misioneros una capacidad de diálogo intercultural, como condición de posibilidad para asumir con discernimiento y con actitud de bondad los diversos lenguajes con los cuales el mismo Evangelio de Jesucristo se va presentando hoy como Buena Noticia en la vida de nuestros pueblos.

Romper con el fantasma de la "amenaza", que supuestamente significan algunas comunidades pentecostales para la evangelización comporta pasar de aquellas discriminadoras actitudes de "canutofobia", como mecanismos defensivos, causa de tantas heridas y distanciamientos, a una sanadora y terapéutica actitud de diálogo, de aprecio y de mutuo conocimiento. Tal cambio de mentalidad y sensibilidad reclama de nuestras comunidades católicas y de sus correspondientes pastores una verdadera conversión pas-

toral que signifique profundizar, en el dinamismo del quehacer evangelizador, una formación para el diálogo, un aspecto claramente débil hoy, sobre todo cuando estamos acostumbrados a desenvolvemos en nuestra “apacible intraeclesialidad”, desde una actitud de superioridad, autosuficiencia y hegemonía, respecto a la realidad de lo diverso y de lo plural.

Dejar de lado esta mentalidad de superioridad y de autosuficiencia, como expresión significativa de conversión, que signifique un espíritu nuevo de convivialidad y de humilde aprendizaje de la existencia del otro y de su experiencia cultural y religiosa, nos abre al horizonte del “intercambio de dones” y a un verdadero diálogo de espiritualidades, en un horizonte de interculturalidad.

Hoy nuestras Iglesias locales pueden, con discernimiento crítico y prudencia pedagógica, aprender mucho de las comunidades pentecostales, y viceversa, si realmente se abren a lo que el Espíritu está hablando en ellas: a) *El primado de la experiencia subjetiva de Dios, fuente de una espiritualidad tremendamente vivencial*, que cuestiona nuestras formales celebraciones litúrgicas, tantas veces cargadas de ritualismo, vaciadas de historia y de vida, que nada dicen a nuestra gente, tan deseosa de “sentir” la presencia de Dios en su realidad concreta y contingente; b) *Una espiritualidad que toca el corazón de la gente y la densidad de su presente* con el lenguaje de la emoción, que es el lenguaje de los pobres, en el sapiencial dinamismo de su oralidad cotidiana; ellos “sienten” a Dios y no buscan primeramente “entenderlo” con conceptos intelectuales abstractos de una catequesis previa; se trata para ellos, si así se puede decir, de una “teo-sensación”; no buscan hablar “de Dios”, sino “hablar con Dios” y testimoniar su obra salvadora; c) *La profunda conciencia de su misionariedad*: la Palabra de Dios no es sólo para sí, hay que compartirla y hacer que también toque el corazón de los demás; una tarea compartida en corresponsabilidad comunitaria militante; d) *La comunidad pentecostal no está personalizada en el pastor ni paralizada sin él*; el pastor es vínculo de comunión fraterna y padre-guía de los hermanos; lo cual da lugar a que todos en la comunidad tengan su lugar y su correspondiente misión; no hay estratificaciones ni jerarquías aplastantes de la libertad y creatividad de los miembros de la comunidad; todos los roles y servicios contribuyen a dinamizar armónicamente la comunidad.

2.4. De la competencia a la colaboración solidaria

El "espíritu ecuménico" en nuestras Comunidades locales de pertenencia, significa generar en el dinamismo existencial del discípulo misionero "un testimonio de proximidad que entraña cercanía afectuosa, escucha, humildad, solidaridad, compasión, diálogo, reconciliación, compromiso con la justicia social y capacidad de compartir, como Jesús lo hizo"⁵⁶, abre camino para construir puentes de confraternidad y colaboración solidaria más que una insana competitividad o un "fantasmal" sentimiento de "amenaza y peligrosidad"; lo cual nos hace mirarnos como rivales o enemigos y no como hermanos confesantes de una misma fe, un solo bautismo y un solo Evangelio que compartir y anunciar, ciertamente, desde las diferencias propias y legítimas de nuestras experiencias eclesiales.

Aparecida, en su referencia al diálogo y la colaboración ecuménica, invita a "a suscitar nuevas formas de discipulado y misión en comunión", que en actitud de conocimiento recíproco y respeto, los cristianos "se abran a posibilidades de testimonio común"⁵⁷; y citando las palabras del Papa Benedicto XVI, afirmamos: "Hacen falta gestos concretos que penetren en los espíritus y sacudan las conciencias, impulsando a cada uno a la conversión interior, que es el fundamento de todo progreso en el camino del ecumenismo"⁵⁸.

Desde esta invitación de Aparecida, de buscar "posibilidades de testimonio común" y de visibilizar signos concretos de convivialidad ecuménica, nos parece necesario seguir profundizando en tres opciones que puedan ayudarnos a abrir un camino compartido de discipulado misionero en comunión con otras comunidades cristianas, en un espíritu de "inter-ecclesialidad" y de "inter-espiritualidad", visibilizado en el encuentro fraterno de comunidades cristianas que se reconocen, aprecian y dialogan en el común propósito de construir caminos de unidad en América.

⁵⁶ DA 363.

⁵⁷ DA 233.

⁵⁸ BENEDICTO XVI, "Primer mensaje al término de la concelebración eucarística con los cardenales electores en la Capilla Sixtina" (20.04.2005), en: AAS 95 (2005), Editrice Vaticana, Vaticano 2005.

a) En la lógica de “las pequeñas comunidades”: proféticas y contraculturales

Aparecida ha constatado en su discernimiento eclesial una realidad que ya las anteriores Conferencias, en su camino sinodal, venían advirtiendo: la crisis de las actuales estructuras parroquiales; muchas de ellas hoy ya no responden a las necesidades de la gente y por tanto “se plantea la creación de nuevas estructuras pastorales, puesto que muchas de ellas nacieron en otras épocas para responder a las necesidades de ámbito rural”⁵⁹.

Hoy muchas parroquias viven el “peso” y la “cerrazón” de su compleja y burocrática “estructuralidad”, lo que hace que ellas pierdan o corran el riesgo de apagar el dinamismo de su misionariedad, la vitalidad de su visibilidad comunitaria, el calor de su hospitalidad y acogida. En estas condiciones el Evangelio difícilmente entrará en la vida cotidiana de la gente.

Hay signos evidentes de esta crisis: es limitado el número de católicos que asisten hoy a sus celebraciones dominicales; son muchos los que se han alejado; escasa participación laical; las mujeres, como mayorías activas en la Iglesia hoy, no tienen un peso gravitante en los procesos de decisión, sólo lo tienen en la fase ejecutiva en la vida de las parroquias; poca creatividad e imaginación a la hora de discernir nuevos ministerios laicales, dando lugar a un peso de concentración clerical absorbente, en detrimento de un laicado activo, maduro y corresponsable.

Este proceso de renovación parroquial, en palabras de Aparecida, “exige reformular estructuras, para que sea una red de comunidades y grupos, capaces de articularse logrando que sus miembros se sientan y sean realmente discípulos y misioneros de Jesucristo en comunión”⁶⁰. En otras palabras, se hace necesario hoy una verdadera “reingeniería eclesial” de las parroquias, en el sentido de dar paso a un camino decidido de “re-estructuración” o de “re-dimensionamiento” de sus estructuras, como respuesta clara a los nuevos retos antropológicos, sociales y culturales.

La parroquia debe abrirse a ofrecer nuevas formas de pertenencias y en este sentido, cobra validez la propuesta de las “pequeñas comunidades”, “las comunidades de sentido”, como expresión eclesiológica visible

⁵⁹ DA 173.

⁶⁰ DA 172.

estructurante de toda su vida; una parroquia que sea capaz de mostrarse como una verdadera “galaxia de pequeñas comunidades de fe”⁶¹, en donde en cada una de ellas transcurra toda la Iglesia de Cristo, una, santa católica y apostólica.

La Iglesia latinoamericana, desde la Conferencia de Medellín, viene proponiendo la rica experiencia de las “Comunidades Eclesiales de Base”, las cuales han sido, en palabras de Aparecida, “escuelas que han ayudado a formar cristianos comprometidos con su fe, discípulos y misioneros del Señor, como testimonia la entrega generosa, hasta derramar su sangre, de tantos miembros suyos”⁶².

Estas pequeñas comunidades están llamadas a tener más “peso” presencial y articulante hoy en la vida de las Iglesias locales; están convocadas a ser el signo más eficaz de los nuevos procesos de reestructuración espiritual, pastoral e institucional de la Iglesia en América Latina, dado que ellas, teniendo la Palabra de Dios como fuente de su espiritualidad, pueden desplegar un compromiso evangelizador activo, especialmente entre los más pobres y alejados, dado que encarnan más vivamente la opción preferencial por ellos⁶³.

Las parroquias deben asumir hoy, en este proceso de “reingeniería”, que están frente a un contexto de pluralismo religioso y cultural; y en donde el cristianismo vive procesos de “mutación”; ellas deben aprender a convivir con otras pertenencias cristianas; deben entender también un movimiento cada vez más creciente de cristianos, muchos de ellos católicos, que llevan consigo la consigna de “creer sin pertenecer”, a diferencia de nuestros hermanos evangélicos, en donde el tema es a la inversa: “creer perteneciendo”.

En este tema las iglesias evangélicas y pentecostales y sus estructuras flexibles y simples, articuladas en pequeños “grupos-células”, como expresiones de intensa comunión entre sus miembros, insertos en medios estratégicos de la vida social, especialmente en sectores periféricos, con fieles comprometidos y corresponsables, cada uno con un fuerte sentido de pertenencia en la comunidad, son espacios para crear *redes testimoniales conjuntas de colaboración solidaria* con y desde las pequeñas comunidades católicas, en grandes temas como la defensa de la vida, la promoción

⁶¹ Ver F. G. BRANBILLA, *La Parrochia oggi e domani*, Cittadella, Assisi 2003, 43-44.

⁶² DA 178.

⁶³ DA 179.

humana, la pobreza, la paz, la salvaguardia de la creación (ecumenismo práctico-social); incluso, atendiendo las circunstancias, pueden *constituir espacios privilegiados para generar instancias de ecumenismo espiritual*, en la oración, la alabanza, el encuentro con la Palabra, etc. Así podemos pasar del fantasma de la “amenaza”, que supuestamente significan las comunidades pentecostales para el catolicismo, a un tiempo providencial, de oportunidades de intercambio, colaboración y de un empeño común de testimonio de un discipulado misionero, cuya fuente es la misma consagración bautismal, celebrada y vivida en la única fe del Dio Uno y Trino, fuente de toda misión evangelizadora.

Si hay algo que marca el ritmo y el rumbo existencial de las comunidades evangélicas y pentecostales es su fuerte empeño misionero; desde sus inicios, como “comunidades conquistantes”, ellas sacaron el Evangelio a las calles para predicarlo y compartirlo con los transeúntes y penetrar con su fuerza transformante el mundo de la pobreza y de la exclusión; una Palabra que ya no es propiedad de los eruditos e intelectuales de la Iglesia; todos en la comunidad son portadores de esta Palabra y a todos el Espíritu los ha capacitado con sus dones para comunicarla; no se trata de especialistas, sino de poseídos por el Espíritu de Dios empujados a salir y testimoniar lo que el poder de Dios y de su Palabra ha hecho en ellos.

Ya no será sólo el sacerdote, el profesional de la Palabra, quien se dirige a la gente y vehicula el mensaje; sino que, desde sus mismos inicios, el que habla en la comunidad pentecostal, y esta dinámica esencialmente sigue hasta nuestros días, ya no es el especialista, sino el zapatero, el vendedor de empanadas, el minero; uno del mismo pueblo humilde, con su mismo lenguaje y su misma condición, es el que predica⁶⁴. Se trata de “un compromiso misionero de pobre a pobre”, como decía tantas veces Mons. Aubry, el apóstol de la Amazonia boliviana⁶⁵.

⁶⁴ Ver C. LALIVE D'EPINAY, *El refugio de las masas. Estudio sociológico del protestantismo chileno*. USACH, Santiago de Chile 2009, 89. (re-edición).

⁶⁵ “La misión de pobre a pobre purifica la imagen de la misión. El nuevo estilo es la ausencia de apoyos políticos, de dominación económica, de superioridad cultural, para no tener otro apoyo que la fuerza del Evangelio, Buena Nueva para estos pueblos ... La fuerza del Evangelizador es la Palabra de Dios presente en Jesús crucificado, privado de todo poder humano, y en Jesús resucitado, rico únicamente del poder de Dios”. R. AUBRY, *La misión: siguiendo a Jesús por los caminos de América Latina*, Guadalupe, Buenos Aires, 1990, 132-133.

b) Desde y en la vida de los pobres y excluidos

Abrirnos a la dinámica de una misión dialogal-profética, como decíamos al inicio, "requiere que las comunidades eclesiales sean comunidades de discípulos misioneros en torno a Jesucristo, Maestro y Pastor. De allí nace la actitud de apertura, de diálogo y disponibilidad para promover la corresponsabilidad y participación efectiva de todos los fieles"⁶⁶. Se trata de pasar de comunidades inmersas en el mundo de la mera conservación pastoral a comunidades decididamente misioneras, es decir, de vanguardia, de calle y de frontera, con capacidad de "cruzar la otra orilla"⁶⁷, a las periferias existenciales, a los "suburbios", como nos ha recordado más una vez el Papa Francisco; aquellos ámbitos en los cuales Cristo no es aún conocido, y conectar así con la realidad de la gente y sus correspondientes necesidades a fin de proponer el Evangelio de la Vida, como camino de sentido y de plenitud.

Aparecida reconoció que "la opción preferencial por los pobres es uno de los rasgos que marca la fisonomía de la Iglesia latinoamericana y caribeña"⁶⁸; y que ella "está implícita en la fe cristológica en aquel Dios que se ha hecho pobre por nosotros, para enriquecernos con su pobreza"⁶⁹, como lo ha dicho el Papa Benedicto XVI en su Discurso Inaugural en la V Conferencia.

En la vida de los pobres y su "fuerza histórica", como lugar teológico, los cristianos nos encontramos para una misión compartida con ellos y por ellos. Es un desafío misionero y ecuménico para los discípulos de la hora presente: ser compañeros de camino y misión con los pobres; ellos, en el espíritu de Aparecida, ya no son meros objetos de la atención pastoral de la Iglesia, ellos son sujetos, los sujetos emergentes de una evangelización nueva, con nuevos agentes y hacia nuevos destinatarios, cuya "fuerza histórica", de la cual hablaba Gustavo Gutiérrez, se mantiene hoy como fuerza de transformación social y eclesial.

⁶⁶ DA 368.

⁶⁷ DA 376.

⁶⁸ DA 391.

⁶⁹ DA 392.

Esta misión "de pobre a pobre", de la cual hablaba Mons. Aubry, con la fuerza histórica de los pobres, que replantea toda la misión de la Iglesia, a juicio de Diego Irarrázaval, tiene algunos rasgos, los cuales encuentran su espacio más propicio de encarnación y visibilización en las pequeñas comunidades:

De una misión de pudientes/letrados, se dan pasos hacia una misión a cargo de los pobres/sabios; en contraste con la evangelización clerical, se reafirma la creatividad laical; desde la misión benefactora del indígena, mestizo, afro-americano, se pasa a una misión hecha por pueblos indio-afro-latinoamericanos, con sus Iglesias inculturadas; impugnando la estructura e imaginario androcéntrico, mujeres y varones hacemos una misión con reciprocidad entre diferentes; de mundos religiosos a cargo de gente adulta, el paso hacia el protagonismo de las juventudes (que son mayorías en nuestras sociedades, y tienen sus propias energías misioneras): de la ceguera hacia retos que plantean multitudes urbanas, hacia la planificación pastoral que privilegia lo urbano; el paso del cristianismo acongojado y feo, hacia un cristianismo festivo, que redescubre el Dios-alegría; de una teología mono-cromática hacia una teología misionera multicolor, que discierne las religiones indo-afro-latinoamericanas como vías hacia la salvación en Cristo, ya que, a fin de cuentas, el Misterio contiene una belleza multicolor⁷⁰.

La casa de los pobres y sus proyectos de nueva humanidad es el lugar de encuentro para que las pequeñas comunidades católicas, especialmente las CEBs, y las comunidades evangélicas y pentecostales, puedan encontrarse en un testimonio y una misión común: la defensa de la vida y la vida de los pobres; en el encuentro cotidiano de comunión, en los vínculos de una vecindad fraternal; en la común búsqueda de la dignificación de la vida y la conquista de oportunidades nuevas para surgir; en el sufrimiento, en la enfermedad, en la muerte, los cristianos pueden unirse en la caridad y así construir "un ecumenismo de base", "un ecumenismo de la cotidianeidad", desde la vida misma y sus propias conflictividades; católicos, evangélicos,

⁷⁰ D. IRARRÁZAVAL, *Audacia evangelizadora*, Verbo Divino, Cochabamba 2001, 30-31.

pentecostales, desde estas realidades cotidianas, pueden ofrecer un testimonio de unidad como discípulos del mismo Señor y Maestro, cuyo Espíritu está siempre presente abriendo senderos insospechados de comunión. Este es el desafío de “un ecumenismo centrado en el pueblo”, del “día a día”, “de la calle” y no sólo de las esferas oficiales, institucionales, de documentos y declaraciones... El ecumenismo es cosa de todo el pueblo de Dios y por lo tanto, como se viene diciendo desde hace algunos años, éste debe ser más “policéntrico”, “polifacético” y “multidimensional”⁷¹.

Las comunidades evangélicas, sobre todo las pentecostales, desde sus inicios han sido verdaderos “refugios” de humanidad, de sentido y pertenencia para los pobres; ellas, hasta nuestros días y en muchos lugares, son comunidades de pobres y para con los pobres. Ellas no han hecho opción preferencial, son simplemente, por lo general, cristianos pobres, que anuncian el Evangelio de la Vida, a los pobres y excluidos; ellos son la religión de los marginales; en el lenguaje clasista chileno, son “la religión de los rotos”.

Estas comunidades tienen una gran capacidad de llegar a aquellos sectores poblaciones urbanos, suburbios y rurales, con su dinámico espíritu misionero conquistante, el cual les posibilita entrar en contacto directo con las familias, los enfermos, los ancianos, los más desesperanzados de la vida y logran hacer asequible e inteligible un mensaje de salvación; con simples principios espirituales dan respuestas a complejos problemas de la existencia humana; logrando así tocar profundamente la realidad presente de la gente, con un lenguaje emotivo y cordial, parabólico y sapiencial, con un contenido sencillo y puntual; un tema que en la pastoral de las comunidades católicas no siempre se ha sabido asumir. Hoy nuestra evangelización y el anuncio del mensaje continúan realizándose con un lenguaje demasiado intelectualizado, nocional, con una acentuación fuertemente doctrinal y dogmática, escasamente vivencial y sapiencial; así difícilmente la persona de Jesús y su Buena Nueva podrá entrar en el corazón de las personas y abrir brechas.

En el contexto de una cultura urbana, híbrida, dinámica y cambiante⁷², en donde emergen culturas suburbanas, a consecuencia de grandes migra-

⁷¹ Cf. M. GONZÁLEZ M., *Ecumenismo y Nuevos movimientos eclesiales*, Monte Carmelo, Burgos 2006, 91.

⁷² DA 58.

ciones de población en su mayoría pobre, las cuales se establecen alrededor de grandes ciudades dando lugar a la creación de los llamados "cinturones de miseria", "barreadas", "villas miserias", "campamentos", en donde los pobres marginales buscan nuevos horizontes de vida; allí, en muchas ocasiones, los pentecostales han sabido ser parte de esta geografía humana y cultural de la marginación, no para legitimarla sino para contrarrestarla con las armas de su propia ética y espiritualidad.

En estos espacios sociológicos de marginalidad, estas comunidades emergen como pequeñas comunidades "salvavidas", espacios contraculturales, para salvar a grupos de personas con profundos problemas de identidad y pertenencia, relación, espacio vital y hogar, a causa de situaciones de anomía social, generadas por los procesos de industrialización y de modernización de las sociedades.

Estas comunidades ofrecen respuestas directas a necesidades urgentes: ante la búsqueda de la salud, un bien poco accesible para los pobres, los pentecostales, por ejemplo, ofrecen el don de la sanación mediante la imposición de manos y la oración de intercesión; ante los espíritus malignos, que han apagado la alegría y la paz en la familia, ellos ofrecen el exorcismo; ante la soledad y la ausencia de vínculos sociales y familiares, ellos ofrecen la acogida de una comunidad de hermanos, generando así una dinámica de convivencia en la cual todos están dispuestos a ser compañeros en el camino de una vida nueva, que sólo el poder de Dios hace resurgir y de lo cual dan testimonio, movidos siempre por el Espíritu.

Esta "conciencia pneumatológica popular" es la fuente de una profunda espiritualidad en la vida de los pobres y con la cual las comunidades pentecostales han sabido conectar muy bien. El Espíritu ha sembrado en ellos una verdadera "mística popular" de la cual habla Aparecida⁷³, que hace a los pobres vivir el ritmo de lo cotidiano con un sentido claro y permanente de lo trascendente; con una capacidad espontánea de apoyarse en Dios; menospreciar, devaluar o simplemente olvidar esta sensibilidad religiosa popular, sería negar "el primado de la acción del Espíritu Santo y la iniciativa gratuita del amor de Dios"⁷⁴ que actúa en la cotidianidad de los pobres y en sus expresiones religiosas y culturales.

⁷³ DA 262.

⁷⁴ DA 263.

En razón de este mismo dinamismo pneumatológico en el mundo de los pobres, fuente de amor teologal, emerge desde ellos, lo que Aparecida llama "una expresión de sabiduría sobrenatural, porque la sabiduría del amor no depende directamente de la ilustración de la mente sino de la acción interna de la gracia"; es la "espiritualidad popular", una "espiritualidad cristiana que, siendo un encuentro personal con el Señor, integra mucho lo corpóreo, lo sensible, lo simbólico, y las necesidades más concretas de las personas. Es una espiritualidad encarnada en la cultura de los sencillos, que, no por eso, es menos espiritual, sino que lo es de otra manera"⁷⁵.

Esta "espiritualidad popular", que encuentra sus raíces en la profunda religiosidad popular de nuestro pueblo pobre, es un espacio antropológico y teológico donde católicos, evangélicos, pentecostales y otras comunidades cristianas, pueden sentirse muy en sintonía. Siguiendo las reflexiones del antropólogo chileno C. Parker⁷⁶, esta "religión popular" de los pobres y sus respectivas comunidades de sentido, se vuelve hoy "contracultural" ante la mentalidad de la sociedad moderna, porque:

a) *Afirma la vida*; una vida plena, festiva, una vida "otra", la vida con Dios, que supera toda injusticia y sufrimiento en la tierra, ante contextos sociales de muerte, violencia, pobreza, terrorismo y narcotráfico.

b) *Afirma el rol de la mujer y lo femenino*, como gestora y protectora de la vida, ante una cultura dominante marcada por pautas patriarcales, en donde el machismo es su principal expresión de poder y dominación; ante esto lo materno y femenino se torna contracultural que reivindica la igualdad y los derechos de la mujer.

c) *La religión popular afirma los sentimientos*, frente a una cultura intelectualista y moralista. La experiencia de lo icónico, de lo festivo y ritual es catalizadora de sentimientos y deseos que median la capacidad de trascendencia de los pobres.

d) *Se afirma lo vitalista* frente a un mundo dominado por el intelectualismo. Para los pobres la confianza en un Dios bueno, superior y trascen-

⁷⁵ DA 263.

⁷⁶ Ver C. PARKER, *Otra Lógica en América Latina. Religión Popular y Modernización Capitalista*, Fondo de Cultura Económica, Santiago de Chile, 1996, 194-198.

dente posibilita restituir en el orden simbólico un “nomos”, donde siempre triunfan la vida y el bien.

e) *En la religión de los pobres importa lo expresivo*, lo festivo y lo carnavalesco, frente al formalismo y al racionalismo de la cultura dominante; ante una religión más ética y ascética; mística, abstracta y racionalista (doctrinal). La ritualidad en la experiencia religiosa de los pobres es expresiva, festiva, emotiva e icónica; para ellos es importante hacer palpable la experiencia religiosa, sólo así ésta se intensifica y potencia.

f) Finalmente, *la religión popular afirma lo trascendente*, ante una cultura dominante científico-técnica, que niega lo simbólico y lo histérico; aquella realidad oculta del cosmos, para dar paso sólo a la valoración de la “realidad” única, visible y empíricamente verificable.

En un contexto de secularización que viven muchos de nuestros pueblos hoy, estas pequeñas comunidades cristianas, católicas y pentecostales, pueden ofrecer un teologal testimonio de una vida cristiana profética y contracultural, con la atrayente fuerza de su espiritualidad popular; una espiritualidad que posibilita que los golpeados, ignorados, despojados de la vida, no bajen los brazos.

c) Las mujeres: “mayorías activas” en la misión compartida de nuestras pequeñas comunidades

Este tema del rol protagónico de la mujer en nuestras comunidades cristianas, es un tema que ocupa hoy la atención de pastores y laicos maduros, especialmente mujeres que, conscientes de su vocación y misión, reivindican un rol más activo, no sólo en la fase ejecutiva de las tareas pastorales y misioneras de nuestras Iglesias, en las cuales ellas son mayorías activas y corresponsables, sino que también, desde su “genio femenino”, como dice Aparecida, sean ellas agentes de discernimiento en las tomas de decisión en sus comunidades locales de pertenencia; función hoy día asumida mayormente por la esfera clerical.

Aparecida, respecto de las Conferencias anteriores no habló tanto del laicado en general, como lo hizo, por ejemplo, Santo Domingo; ella se refi-

rió más específicamente al tema de la “dignidad y participación de las mujeres” en la Iglesia⁷⁷.

Esta urgente “dignificación y participación” de la mujer en la vida de nuestras sociedades y particularmente en la vida de nuestras Iglesias, es un desafío ecuménico que convoca a comunidades católicas, y a todas las comunidades cristianas, a fin que, desde un fraternal diálogo de vida y de solidaria colaboración en temas de promoción humana, unidas, puedan dar un testimonio cristiano de la “igual dignidad y responsabilidad de la mujer respecto al hombre”; favoreciendo, muy especialmente a las mujeres pobres, indígenas y afroamericanas, doblemente discriminadas en la sociedad y en las Iglesias, por su condición de mujer y por su condición social y de raza. “Urge, dice Aparecida, que todas las mujeres puedan participar plenamente en la vida eclesial, familiar, cultural, social y económica, creando espacios y estructuras que favorezcan una mayor inclusión”⁷⁸. De allí que se proponga como acciones pastorales, tendientes a que se “promueva el más amplio protagonismo de las mujeres” y el desarrollo de su “genio femenino” en los ámbitos sociales y eclesiales; asimismo, se les garantice efectivamente su presencia en los ministerios que “en la Iglesia son confiados a los laicos, así como también en las instancias de planificación y decisión pastorales”⁷⁹.

Ellas, ha dicho el Papa Francisco, pueden ayudar a la Iglesia a entender mejor la misericordia, la ternura y el amor de Dios por nosotros⁸⁰ y con ellas también, la sociedad, nuestros pueblos, nuestras comunidades locales, pueden abrirse a la “valentía de un nuevo humanismo”, posibilitado por la gracia del encuentro: “el encontrarse genera un nuevo humanismo, es decir, una nueva manera de verse mutuamente, de comprenderse, de concebir el mundo y de trabajar por la paz. En el Encuentro participan personas capaces de estar las unas junto a las otras, encontrando esa amistad que permite experimentar la elevada dignidad de todo hombre y la riqueza que con frecuencia se encuentra en la diversidad”⁸¹.

⁷⁷ Ver DA 451-458.

⁷⁸ DA 454.

⁷⁹ DA 458.

⁸⁰ FRANCISCO I, “Alocución con motivo del Seminario Internacional sobre los XXV años de la Encíclica Mulieres Dignitatem, del Papa Juan Pablo II” (12.10. 2013), en: AAS 105 (2013), Editrice Vaticana, Vaticano 2013.

⁸¹ JUAN PABLO II, “Carta a los participantes del encuentro “Hombres y Religiones, celebrado en Milán” (5-7.09.2004), publicado en: <http://www.zenit.org/es/articulos/mensaje-del-papa-al-encuentro-hombres-y-religiones-celebrado-en-milan>

A modo de conclusión

Al final de este camino sólo queda poder reafirmar una convicción fundamental: sin un diálogo profético hoy nuestra evangelización no tocará el corazón de nuestros pueblos, culturas, religiones. La misión hoy debemos vivirla como praxis dialógica: diálogo ecuménico, interreligioso e intercultural, como nos ha dicho Aparecida. El fundamento de este dinamismo dialógico está precisamente en la fuente de la misionariedad de la Iglesia: el amor trinitario ("amor fontalis"), del cual ella es su continuación en la historia y su más fiel "epifanía".

Este fascinante camino del ecumenismo, no fácil pero lleno de satisfacciones en la ruta de nuestra misión, será sin duda para nuestras comunidades eclesiales, un camino de renovación. "Todos los que han progresado en el camino ecuménico pueden dar el testimonio de que ha sido para ellos un camino de purificación y de apertura vital. Las exigencias internas de su compromiso, como también el contacto vivificante con otros, los ha hecho más cristianos. Han superado rápidamente las sospechas rutinarias, han redescubierto y cambiado varios aspectos de su teología, han llegado a una fidelidad más insertada en la vida. La fidelidad cuestionada se vuelve más auténtica. El ecumenismo no es un camino de facilidad. Es un camino de santidad. Caminar con otros se vuelve camino de comunión: "es mejor dar un paso juntos que tres solo" (Michel Sobah, Patriarca Latino de Jerusalem), nos ha compartido testimonialmente el pastor misionero y ecumenista Mons Aubry; o en palabras del Papa Francisco, este empeño ecuménico en el campo de la vida misionera, es un peregrinar juntos, que implica "confiar el corazón al compañero de camino sin recelos, sin desconfianzas, y mirar ante todo lo que buscamos: la paz en el rostro del único Dios. Confiarse al otro es algo artesanal, la paz es artesanal"⁸².

⁸² FRANCISCO I, *Exhortación apostólica Evangelium gaudium*, San Pablo, Buenos Aires 2014, n 244.

Bibliografía

- AUBRY, R., *La misión: siguiendo a Jesús por los caminos de América Latina*, Guadalupe, Buenos Aires, 1990.
- BENEDICTO XVI. "Homilía en la Eucaristía con motivo de la celebración del X Aniversario de la Beatificación de Jacinta y Francisco, pastorcillos de Fátima" (14.5.2010), en: AAS 102 (2010), Editrice Vaticana, Vaticano 2010.
- BENEDICTO XVI, "Primer mensaje al término de la concelebración eucarística con los cardenales electores en la Capilla Sixtina" (20.04.2005), en: AAS 95 (2005), Editrice Vaticana, Vaticano 2005.
- BEVANS, S.- SCHROEDER, R., *Teología para la Misión hoy*, Verbo Divino, Navarra 2009.
- BOSCH, J., *Para comprender el ecumenismo*, Verbo Divino, Navarra 1993.
- BRANBILLA, F. G., *La Parrochia oggi e domani*, Cittadella, Assisi 2003.
- CALERO, A. M., *La Iglesia: misterio, comunión y misión*, San Pablo, Madrid 2001.
- CELAM, *Documento de Aparecida*, Paulinas, Buenos Aires 2007.
- CELAM, *Documentos Fundamentales*, Paulinas, São Paulo 2003.
- CONCILIO VATICANO II, *Constituciones, Decretos, Declaraciones*, BAC, Madrid 2000.
- CONGREGACIÓN PARA LA DOCTRINA DE LA FE, "Nota Doctrinal acerca de algunos aspectos de la Evangelización" (3.12. 2007), en: AAS 100 (2008), Editrice Vaticana, Vaticano 2008.
- CONGREGACIÓN PARA LA EVANGELIZACIÓN DE LOS PUEBLOS, "Instrucción Diálogo y Anuncio" (19.05.1991), en: AAS 84 (1992), Editrice Vaticana, Vaticano 1992.
- DE SANTA ANA, J., *Ecumenismo y Liberación*, Paulinas, Madrid 1987.
- ESQUERDA, J., "Diálogo Ecuménico", en: ESQUERDA, J., *Diccionario de la Evangelización*, BAC, Madrid 1998.
- FRANCISCO I, "Alocución con motivo del Seminario Internacional sobre los XXV años de la Encíclica Mulieres Dignitatem, del Papa Juan Pablo II" (12.10. 2013), en: AAS 105 (2013), Editrice Vaticana, Vaticano 2013.
- FRANCISCO I, *Exhortación apostólica Evangelium gaudium*, San Pablo, Buenos Aires 2014.
- GONZÁLEZ, M., *Ecumenismo y Nuevos movimientos eclesiales*, Monte Carmelo, Burgos 2006.
- IRARRÁZVAL, D., *Audacia evangelizadora*, Verbo Divino, Cochabamba 2001.
- JUAN PABLO II, "Carta a los participantes del encuentro "Hombres y Religiones, celebrado en Milán" (5-7.09.2004), publicado en: <http://www.zenit.org/>

es/articulos/mensaje-del-papa-al-encuentro-hombres-y-religiones-celebrado-en-milan

JUAN PABLO II, *Encíclica Centesimus Annus*, Paulinas, Madrid 1991.

JUAN PABLO II, *Encíclica Redemptoris Missio*, Paulinas, Buenos Aires 1991.

JUAN PABLO II, *Encíclica Ut Unum Sint*, San Pablo, Santiago de Chile 1995.

LALIVE D'EPINAY, C., *El refugio de las masas. Estudio sociológico del protestantismo chileno*. USACH, Santiago de Chile 2009.

PABLO VI, *Encíclica Ecclesiam Suam*, Paulinas, Buenos Aires 1969.

PABLO VI, *Exhortación apostólica Evangelii Nuntiandi*, Paulinas, Buenos Aires 1977.

PARKER, C., *Otra Lógica en América Latina. Religión Popular y Modernización Capitalista*, Fondo de Cultura Económica, Santiago de Chile, 1996.

SESBOUÉ, B., *Por una teología ecuménica*, Secretariado Trinitario, Salamanca 1999.

SUESS, P., “Ecumenismo y Diálogo interreligioso”, en: AAVV., *Aparecida. Renacer de una esperanza*, Amerindia, Bogotá 2007.

TOMICHA, R., “Condiciones y elementos para la formación permanente”, en: AAVV., *La Misión en cuestión: aportes a la luz de Aparecida*, San Pablo, Bogotá 2009.

Artículo recibido el 12 de abril de 2015

Artículo aceptado el 03 de junio de 2015